Lois Valsa

Del colonialismo alemán al colonialismo inglés en Zanzibar

En torno a Abdulrazak Gurnah, *La vida, después*. Tr. Rita da Costa, Salamandra, Barcelona, 2022.

El colono solo termina su labor de doblegar al nativo cuando este admite en voz alta e inteligible la supremacía de los valores del hombre blanco.

Franz Fanon, *Los condenados de la tierra*

Abdulrazak Gurnah (Zanzíbar, Tanzania, 1948) es un escritor de origen tanzano afincado en Inglaterra desde hace más de medio siglo. Doctorado en 1982 por la Universidad de Kent ejerció la docencia en las universidades de Bayero (Kano, Nigeria) y Kent, donde impartió literatura inglesa y poscolonial hasta su jubilación en 2017. Es uno de los escritores poscoloniales más relevantes y obtuvo el Premio Nobel de Literatura en 2021 con la aclamada novela *Paraíso*. "Por su conmovedora descripción de los efectos del colonialismo y la historia de los refugiados en el abismo entre culturas y continentes". Es el quinto escritor africano en recibirlo y su literatura está marcada por su experiencia vital. Pero, como él matizaba en una entrevista, "Me resisto a que un escritor represente nada. Yo solo me represento a mí mismo, en términos de lo que pienso y quiero escribir, no a todos los pueblos colonizados". Gurnah es miembro de la Royal Society of Literatura desde 2006 (adoptó el inglés como idioma literario), y autor de numerosos cuentos, ensayos y una decena de novelas entre las que destaca la galardonada (Salamandra, 2021), nominada para los premios Broker y Whitbread, a la que han seguido *A orillas del mar* (Salamandra, 2022), *Desertion* y la novela que estoy reseñando con retraso, pero para que no quede en el olvido esta estupenda novela. Como escritor se le ha comparado con dos de sus predecesores, Naipaul y Coetzee, quienes también llegaron a Inglaterra desde "la periferia del Imperio", y cuyas novelas tratan complicados problemas coloniales en versiones muy particulares del idioma dominante. Está claro que Gurnah carece del riesgo formal de Coetzee y desde luego de la imaginación narrativa de Naipaul (al que ha estudiado en profundidad). *La vida, después* está escrita un año antes de recibir el Nobel, premio que, aunque al autor solo le ha dejado tiempo para escribir correos, a nosotros nos ha posibilitado, gracias a la labor editorial de Salamandra, leer en castellano a un escritor con escasas traducciones y

casi todas descatalogadas. Porque muchos lectores entre los que me encuentro oyeron hablar de Gurnah solo cuando le dieron tan importante Premio. Esta estupenda novela es la última de las novelas escritas por Gurnah (2020), y supone el tercer paso (después de que se reeditara su obra maestra *Paraíso* y una nueva traducción de *A orillas del mar*). En esta obra, que sucede en una ciudad costera sin nombre del África oriental alemana a principios del siglo XX, el autor vuelve a los escenarios de aquella novela premiada con la emotiva historia de tres jóvenes (Ilyas, Hamza y Afiya, hermana de Ilyas) cuyas vidas se entrelazan en el contexto de la convulsa y brutal colonización de África Oriental a principios del siglo XX. Una época en la que todo el continente africano pertenecía a los europeos. La novela, trágica y lúcida a un tiempo, más allá de la cruel realidad de la guerra, y de la opresión del colonialismo, nos muestra unas vidas comunes de su Zanzíbar natal (hoy Tanganika) que luchan con tenacidad por su supervivencia. En ese territorio africano en el que las potencias coloniales europeas (alemanes, británicos, franceses, belgas y portugueses) disputan por la hegemonía, incluso cambiando de manos las colonias. El escritor nos muestra así muy bien como era entonces aquella parte del mundo en la que, al menos sobre el mapa, cada palmo de tierra pertenecía a alguna potencia europea: British East Africa, Deutsch Africa, Africa oriental portuguesa, Congo Belge.

Concretamente, en ese pequeño trozo de África, que fue primero alemán y, luego, británico, Gurnah nos aclara muy bien las diferencias entre la colonización alemana (feroces y eficientes), y la inglesa (más mercantil). Según explicaba en una entrevista, "la diferencia fue que los británicos no tuvieron ningún interés en asentarse, al ,menos en Zanzíbar. Sí en Kenia donde fueron más violentos, arrebataron a la gente sus posesiones y les forzaron a trabajar para ellos, pero no en esa pequeña isla que ya estaba llena de gente. Los alemanes, sin embargo, sí quisieron asentarse y para ello tenían que desplazar a la gente, someterla, quitarles la tierra. Y eso requería violencia. Alemania era un Estado muy militarizado que se imponía por la fuerza y no con formas más mercantiles como por ejemplo los británicos en la India. Los 30 años que duró la Deutsch Ostafrika fue para ellos una guerra sin fin para someter a la población. Aquello fue lo que hoy llamamos genocidio, aunque entonces no teníamos esa palabra. Cientos de miles de personas fueron asesinadas, casi hasta el punto de la extinción". Una muestra atroz del racismo del hombre blanco. En la novela el oficial alemán le dice a Hamza: "Nací en una tradición militar y este es mi deber. Por eso estoy aquí, para tomar posesión de lo que nos pertenece por derecho… Nos enfrentamos a gentes atrasadas y salvajes, y la única manera de gobernarlas es infundirles terror". Con la ayuda de los "askaris" que eran los reclutas nativos que por distintos motivos decidieron estar al servicio del ejército alemán: en la novela dos de los personajes (Ilyas y Hamza). Los "askaris" eran célebres por su crueldad a la hora de reprimir, al servicio del amo blanco, las rebeliones locales torturando a los aldeanos y matando a los jefes locales.

Gurnah nos cuenta con pelos y señales la cruel explotación de los africanos y la brutal represión de las revueltas de los nativos. Por ejemplo, la famosa rebelión Maji Maji, que, a lo largo de tres años, se extendió por las zonas rurales y las ciudades del sur y el oeste del país, fue reprimida a costa de numerosas vidas "Cuanto más evidente se hacía la resistencia general a la dominación alemana, más despiadada y violenta se volvía la reacción del gobierno colonial. Convencido de que no podría sofocar la rebelión solo con medios militares, el mando alemán intentó someter a la población mediante el hambre" (página 25). Los gobernantes de la Deutsch-Ostafrika, sin embargo, lo veían como un balance inevitable porque ante todo el imperio debía castigar a los africanos con todo el peso del

poder alemán para que aprendieran a soportar dócilmente el yugo de la servidumbre. No les importaba requisar las mejores tierras para los colonos alemanes recién llegados al continente. Pero el autor huye del maniqueísmo simple: por ejemplo, el dueño alemán de la finca cuando se entera de que Ilyas había sido secuestrado por un askari, exclama: "No podemos comportarnos como salvajes. No es eso lo que hemos venido a hacer aquí. Los alemanes no hemos venido aquí a hacer esclavos" (página 55). El dueño de la plantación de café, además de querer que el niño no trabajase y fuese a la escuela, velaba en general por sus trabajadores. En lo que se refiere al gobierno británico: "El gobierno del protectorado británico había anunciado la construcción de nuevas escuelas y un programa de alfabetización. El gobierno británico también pretendía multiplicar las inversiones en agricultura, obras públicas y sanidad, aunque solo fuera para demostrar a los alemanes cómo se gobernaba una colonia" (páginas 276-277). Describe, pues, muy bien el gobierno colonial.

Para él, "el colonialismo no está superado porque las consecuencias aún están aquí y muchas de ellas son insolubles. Tendrán que ser abordadas por sus víctimas y eso llevará tiempo si es que es posible. Una de las consecuencias obvias es la creación antinatural de naciones a conveniencia de las potencias, que aún hoy son fuente de desacuerdos constantes porque son orgánicamente irreales y hay recursos en disputa". Gurnah, a pesar de que lleva mucho tiempo viviendo fuera de su Zanzíbar natal, actual Tanzania (Tanganika y Zanzíbar se unirían más tarde en Tanzania), sigue yendo regularmente allí para, como decía en la entrevista a Berna González Harbour mediante videoconferencia con EL PAÍS, "además de recordar con claridad, refrescar lo que sé y lo que recuerdo". Él nació en 1948 y la independencia llegó en 1963, "así que tengo muchos recuerdos de infancia y de adolescencia". A los alemanes les veía más lejanos pero de los alemanes todo el mundo recuerda historias que aún se escuchan sobre todo acerca de su crueldad. Esa cercanía afectiva y espiritual con su tierra se nota en su escritura que busca lo esencial y así logra transformar vidas comunes en grandes historias. No hay olvidar que la novela, en medio de todas las vicisitudes coloniales, también nos cuenta una historia de amor de dos seres maltratados por sus congéneres y vapuleados por la historia. La historia del amor de Afiya y Hamza que sobrevive a la crueldad humana: Afiya ha sufrido a manos de sus compatriotas africanos y Hamza ha sufrido a manos de los europeos. Su bella historia que atrapa rápidamente al lector por su hondura está contada con gran delicadeza y ternura por el autor que así también homenajea a un lugar y un tiempo en los que la gente disfrutaba de las pequeñas cosas de la vida cotidiana a pesar de los horrores que se cernían a su alrededor.